

MUNDO
GRAFICO



DOLORE
CASTELLO

30

Año XIX. Núm. 934
MIÉRCOLES
25 Septiembre 1929

Apartado de Correos 571

Dirección telegráfica:
"GRAFIMUN"

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

JOSÉ L. CAMPÚA
DIRECTOR

Redacción
Administración
y Talleres:

Hermosilla, 57

Subscripciones
y Anuncios:

Librería de San Martín
Puerta del Sol, 6

El barrio de los pescadores

Es confortadora esta sombra húmeda de agua de mar, de las callejas estrechas del puerto, que huelen a bonito frito y a salazón. Hay en el arroyo desperdicios de pescado, sobre los que revolotean enjambres de moscas. En los quicios de las puertas se ven niños mochos, de color de arena mojada, mal cubiertas sus carnes con una camisilla desgarrada, que deja al aire el sexo.

Las casas de estas calles



Plaza del Ayuntamiento

en la ciudad de Castro Urdiales

están ruinosas, torcidas, con las fachadas abombadas, como en meses mayores, llenas de lacras y desconchaduras, por donde asoman ladrillos milenarios. De todas las ventanas penden ropas recién lavadas: anchos pantalones de pescadores y acartonados «sudestes»; ropas de niños y alguna falda que el viento hincha como un globo.

Me gusta penetrar en las tabernas de estas calles sombrías. Son unos locales sordidos, oscuros y sucios, de



El corralón

ahumadas paredes, con prospectos multicolores ultrajados por cientos de moscas. Las mesas, de madera, desgastada por el roce del estropajo, conservan las huellas redondas de los vasos de vino.

En los estantes, entre las botellas empolvadas, suele haber la reproducción de una vieja goleta, ya desmantelada, obra de algún pacienzudo artífice.

Del techo cuelga, atada por una cuerda, la jaula del grillo, que es el loro de los pobres. Siempre hay en estas tabernas un viejo parroquiano que se expresa con la terminología de «á bordo», como el barítono de *Marina*. El pellejo de vino, tirado á lo largo, tembloroso y flácido, parece una res sangrante, y la guitarra, mugrienta en los trastes, deja caer en rizados y espirales las cuerdas.

En la calle suenan los zuecos de las destripadoras de sardinas, que salen de la fábrica alborotando, y se oye el llorar incesante de los crios, y la canción con que se acompaña su trabajo una remendadora de redes.

Calles umbrosas y frescas ó soleadas y ardientes del barrio de pescadores, con sus casuchas absurdas, miserables, sus negras bodegas y sus desperdicios de pescado, que husmean los perros familiares.

Hay un silencio de pereza, de



Un rincón del puerto

siesta. Por las bocas de estas calles se ve á lo lejos un trozo del mar como una palangana de añil dispuesta para un tinte, se ve un trozo del puerto con las chimeneas negras, amarillas y rojas de los vaporcitos pesqueros; se ve un pedazo de cielo limpio; se ve el castillo antiquísimo ó la vieja iglesia sin torre, que siempre tiene á sus pies algún turista con la cabeza echada hacia atrás.

Estas salidas de las calles parecen grandes cuadros pintados por paisajistas amanerados, «academístas», que cultivan el tópico marítimo, porque nada más amanerado que la Naturaleza misma.

Me gusta pasear por estos pasadizos y bajo los arcos de la plaza, que hieden á pescado con olor penetrante que se adhiere á la ropa y á las manos, y me gusta visitar sus tienduchas que no venden ninguna mercancía, y sus bodegonas salitrosos y resbaladizos.

Todos los años, el día de la Virgen del Carmen, estas callejuelas se animan. De cada taberna salen rasgueos de guitarra y jotas. En los balcones no habrá ropa puesta á secar, y á través de ellos, se ve desde la calle esa esfera brillante que pende del techo de la sala y que no falta en ninguna casa de pescador.



Calle de Escorsa



Calle del Horno

(Fots. AltuDe)